

Artes y Letras

Publicado el domingo 16 de diciembre del 2007

DE IMPRENTA

La deuda de Jorge de Arco

JUANA ROSA PITA

Especial/El Nuevo Herald

Entre los regalos de poesía que me ha traído el otoño, destaca y pide relecturas el poemario que, tras ocho años de silencio editorial, ha entregado el joven poeta español Jorge de Arco: *La constancia del agua* (La Garúa, Barcelona, 2007). No haber publicado un libro no quiere decir que haya estado apartado de la creación; por el contrario; como su amor a la palabra poética no se limita a la suya propia, se ha volcado en la dirección de la revista de poesía Piedra del Molino, que ya cuenta con 8 números espléndidos. La fuerza de su voz y la continuidad de su quehacer son ahora evidentes en estas páginas, fundadas, como están, en una profunda fe en el milagro de cada poema, en su esencia misteriosa y reveladora a un tiempo, en su dimensión ética profundamente humana que transforma el "doloroso sentir" personal en belleza transitiva.

Dice bien Enrique Badosa en su prólogo, que se trata de un poemario "ajeno a toda escuela". Y es que siempre es así cuando el poeta forja su lengua lustral con un perfecto equilibrio entre la emoción y la culta lucidez, entre la sencillez y la densidad expresiva. Fluyen entonces los versos, como desde el principio el agua, "alfaguara del alma", abriéndose paso: "Anónima pureza en su codicia, / materia salvadora / para el azar del hombre". El secreto está en haberse hecho "cómplice / de su virtud y su condena". Se precisa un aprendizaje, que dura a veces lo que dura la vida, pero no hay poesía sin esa sincera voluntad de crecer y despojarse "del solemne ritual que envilecía / la oscura juventud del corazón".

Como en toda poesía esencial, la memoria y el tiempo son protagonistas de ese correr y discurrir del agua que es cada vida humana, consciente de sí misma.

Agua que en la primera parte del poemario fluye vivaz y cristalina, con impulso original, e incipiente nostalgia de la fuente a la que intuye no podrá regresar jamás más que por la palabra poética. Acaso por eso la primera parte va dedicada a su "hijo Leonardo, agua nueva", tan pequeño que aún no tiene memoria y apenas comienza a orientarse por el mundo del verbo. Para Almendra son los poemas de la segunda parte, que como *Aquellos pájaros* y *De lumbre y medianoche* no permiten al olvido ni un leve parpadeo. Tal es la fijeza de la mirada del poeta que aprendió a ver el tiempo en otras pupilas. La voz que escribe logra la libertad de trazo de un niño: "Entonces, / dibujo en los cristales, sobre el vaho / que guarda la memoria, / una hilera de lunas y de ensueños, / un lugar donde Dios / no consienta el olvido".

La constancia del agua y la fijeza de la mirada han sido imprescindibles para que la vida llegue a contemplarse en los poemas de la tercera y no falle la complicidad divina. El cántico y la reflexión van conviniendo hasta aunarse plenamente en esta entrega de Jorge de Arco, donde aún cuando la voz poética se lamenta por los "soles apagados" y pronuncia versos inquietantes ("La memoria es un mar / de fuego que se extingue / en las turbias aristas del ayer"), logra siempre iluminar la mano que escribe y los ojos que luego leen, "pues no son tan oscuras las palabras, / cuando el decir es algo más que barro". Hermoso poemario, pleno de hallazgos y versos definitivos: "como van dibujándose los rostros / en la luz invernal de los domingos". Porque "no es tan solo la sed, sino la fiel constancia / lo que empapa de fe nuestras vigilias".•